

EL ‘BUSHIDO’ Y LOS VALORES MILITARES

El *Bushido*, como el estilo militar occidental, es algo más que una doctrina o una moral, es una forma integral de vida. Es un camino que se fundamenta en la internalización de valores a través de largos procesos.

FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS

La palabra “valor” deriva del latín *valere*, que significa literalmente, “ser fuerte.” Son los principios morales que regulan el comportamiento mediante la concepción de lo deseable; influyen en la selección de medios y fines. Son creencias jerarquizadas sobre estilos de vida. Valores, comportamientos y actitudes constituyen un todo integral. Un célebre desiderátum de Calderón identifica plenamente los valores militares.

“Aquí la más principal / hazaña es obedecer, / y el modo cómo ha de ser / es ni pedir ni rehusar. / Aquí, en fin, la cortesía, / el buen trato, la verdad, / la firmeza, la lealtad, / el honor, la bizarría, / el crédito, la opinión, / la constancia, la paciencia, / la humildad y la obediencia, / fama, honor y vida son / caudal de pobres soldados; / que en buena o mala fortuna / la milicia no es más que una / religión de hombres honrados.”

Los términos *meiyi, chuugi, gi, yu, jin, rei, makoto* señalan los valores preconizados por el Bushido. Estamos hablando de honor, lealtad, rectitud, valor, benevolencia, cortesía y honestidad. El modelo heroico de los samuráis se ha extendido a la humanidad, a sus imaginarios. Los *jedis* de *La Guerra de las Galaxias*, se inspiran en él. Puede verse que todas estas palabras se encuentran incluidas en el desiderátum de Calderón. Así, podemos hablar de una comunidad de valores a escala nacional, internacional o incluso de civilización: todas las civilizaciones utilizan prendas militares occidentales, convirtiendo lo militar en un puente entre culturas. Estamos también ante un ideal ético; es el “viejo código”, un código que en realidad nunca ha existido. Identifica nuestros imaginarios y es válido para la sociedad civil.

El ‘bushido’ como cultura militar

La expresión chino-japonesa de *bu-ke* o *bu-shi*, significa caballeros: *shi*, nobleza; guerreros, *bu*. *Bushido* es literalmente “militar-caballero-camino” o “el camino (*do*) del guerrero (*bushi*)”. Supone una ética y una práctica específica de la casta samurái, una ideología estructurada y centrada sobre el comportamiento moral. Incorpora pensamiento, carácter y acción, lo físico y lo espiritual: “saber y obrar son la misma cosa”. Mantiene múltiples espacios comunes con el ideal militar occidental.

No estamos propiamente ante un código escrito sino ante un conjunto de máximas, dichos y escritos de un guerrero famoso o sabio ilustre que sirven como principios inspiradores y objeto de reflexión: “No se trata de mostrar lo que se encuentra en el interior de uno,

porque ese interior se muestra con las acciones cotidianas”. No está en los grandes actos, que se asumen, sino en el incesante perfeccionamiento de los pequeños.

El *do* japonés es un método, una forma de aprendizaje, ligado a las artes y llamado a ser ejercido para su propia realización. Es pensamiento, entrenamiento e interiorización, una suerte de convencimiento reposado e interior. El proceso referido se ha popularizado parcialmente mediante las llamadas “artes marciales”, artes concebidas para el adiestramiento físico de estos guerreros y que contribuía a reforzar su dimensión espiritual, que hacen de paciencia y constancia virtudes clásicas del samurái.

El *do* japonés viene a ser la forma en la que el espíritu es utilizado en la propia ejecución del arte. Se trata de internalizar unos principios, a través de mente y cuerpo –al igual que se hace en el régimen militar– para combinarlos posteriormente con la realidad y que el producto obtenido salga del interior del samurái, de su ser, como una prolongación de sí mismo.

Según el padre Arrupe –general de la orden Jesuita, durante mucho tiempo misionero en Japón y hasta prisionero del *kempeitai* durante la Segunda Guerra Mundial– “para un occidental, la escritura no tiene más fin que la utilidad; las flores, el adorno; la esgrima, la diversión; la lucha, el ejercicio; el tiro con arco, un entretenimiento; y el té, la tertulia que origina. No vemos en todo ello medios que conducen a nada, sino fines, que por el hecho de ser más bien intrascendentes, nos parece absurdo calificar con el rimbombante nombre de ejercicios y menos aún de ceremonias. Sin embargo para un japonés... no da valor ninguno a la materialidad de la obra que está realizando, sino al espíritu con que la hace, que es un camino, un *do* que le conduce a la refinación, hacia el autodomínio, hacia la educación de esos valores internos, que tiene ya desarrollados y que hacen del Japón uno de los pueblos con mayor autoridad sobre sus pasiones”.

El *bushido* ha ido adquiriendo su sentido con el paso del tiempo. Si bien sus orígenes datan del periodo medieval, su definitiva consolidación se produce en los albores del período Tokuwaga (1603)

cuando, fruto de un proceso de racionalización, el honor quedó más ligado a una cultura de la autodisciplina que a la violencia.

El honor samurái tiene una identificación social tácita y evolutiva en tanto que objeto de reinterpretación en cada período histórico, por más que no se encuentre codificado literalmente. Es el código específico de una clase social, propiamente de una casta de militares y hacendados. Y es que la institucionalización y encuadramiento de los samuráis a partir del siglo XVII supuso su atemperamiento y sometimiento a un sistema. La identidad cultural de una clase guerrera dio paso a un sentido de la violencia honorable y, con ello a su contención.

El ‘bushido’ como cultura del honor (‘meiyo’)

La cultura samurái es una etnomentalidad, una cultura elitista propia de un grupo social. Este es un concepto complejo y multidimensional que viene expresado en palabras, símbolos, ritos, formas y comportamientos y que supone un requerimiento personal, aunque sujeto al control de una comunidad. El honor es una síntesis de todos los valores preconizados por el bushido.

El honor samurái, a diferencia del común del mundo occidental, no viene concedido de fuera, sino que surge de dentro, de la propia identidad, y tiene en ella su principal juez. Es una “postura interna” que expresa la frase *jubun ga miteru*, [yo me estoy viendo].

La evaluación externa del honor queda subordinada a su evaluación interna, por más que una comunidad imaginaria sea su norte. Su concepción íntima y personal de lo que es el honor le va a permitir así escapar a cualquier norma.

La virtud de su proceder es la preeminente fuente de honor y orgullo. Por eso, “el deshonor es semejante a una cicatriz sobre un árbol que el tiempo en vez de borrar agranda todos los días”. La vergüenza es una desgracia sin solución y mayor con el tiempo.

Estamos ante una cultura de la vergüenza pero también ante una suerte de “individualismo honorífico” en la medida que permite la reafirmación e incluso la superación del grupo del que se forma parte

en nombre de la columna que lo sustenta y sobre la que pivota. De este modo, el honor, que viene a constituirse en guía última de sus actos, es lo que le va a permitir escapar del comportamiento pautado que le resulta prescrito para su mantenimiento, actuando como elemento de contradicción y factor último de individualización.

Sostiene el *Hagakure* –literalmente “oculto tras las hojas”, una obra escrita por Miyamoto Tsunetomo en el siglo XVIII–: “incluso aunque perdiera mi cabeza, yo no haría una cosa que no debiera”. Es lo que le hace guerrero y no propiamente soldado, puesto que los últimos sólo pueden evadir la autoridad de sus mandos en casos tasados.

El suicidio como forma de resolver las contradicciones que se acumulan en el *ethos* samurái viene a ser una muestra definitiva de autonomía moral y ejemplaridad pública. Constituye la expresión más clara de la conjunción de violencia, individualidad y dignidad contenida y desarrollada en el sentido del honor. Este, con diversas variantes, conocido como *seppuku*, pasaba tradicionalmente por la previa exhibición de las entrañas, lugar en el que se ubicaban las esencias, el alma en un espectáculo ritual de autoafirmación y destrucción total; aún hoy, la expresión *hara o watte hanasu* [abrir el vientre para hablar], sirve para expresar sinceridad. Y es que “para el *bushido* no vale de común la moderación”. Scott Fitzgerald señalaba al respecto: “Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia.” Además, el héroe desarrolla su acción sobre el terreno, en contacto con la realidad. El heroísmo es siempre táctico.

Honor y muerte

La naturaleza totalitaria e integral del *bushido* y el nivel de compromiso que demanda, dotan a la muerte de un papel central. Esta idea enlaza con la necesidad de “desprenderse de uno mismo” budista. Musashi afirmaba al respecto: “pienso en mí mismo con ligereza y en el mundo con profundidad.”

La vía samurái es la mismísima vía de la muerte. Por eso el *Hagakure* afirma de entrada: “El *bushido* es morir... si uno sobrevive sin haber alcanzado los objetivos, puede que sea una muerte en vano o una

locura, pero jamás una deshonra”. Y también “el mérito de la valentía está más en morir por el señor que en derribar al enemigo.” De este modo se da más relevancia a la intención que al acto en sí. A los actos del samurái no les dá sentido su finalidad, que es exógena, sino que lo tienen en sí mismos. El honor está en el servicio que se presta, en su ejemplaridad y virtud, y no en su eventual éxito.

Según el *Hagakure*, la muerte debía ser un concepto central y obsesivo de la vida diaria. Por ello, se debe dedicar todos los días un tiempo a pensar en la propia muerte. Así se genera una conducta obsesiva, un “frenesí de la muerte” que le libraré de cálculos racionales y le garantiza absoluta libertad en la decisión. Esta sólo tendrá por norte el objetivo y no su propia preservación.

Y es que, al darse por muerto, el samurái se vuelve invulnerable ganando autonomía y eficacia en el proceso de la decisión, pues sólo ha de concentrarse en el objetivo marcado, desprendiéndose de cualquier limitación o consideración personal. Esta situación es mejor que el conocido como *Shinimonoguri* literalmente “el frenesí de una criatura que se muere” y que supone una psicosis temporal ya utilizada por diversos pueblos para el combate. Es una lucha por la propia vida y no por un fin superior y distinto.

Pero la vía del samurái es propiamente otra. Este no desea necesariamente, morir o vivir sino que fruto del proceso de la decisión y desde la racionalidad, intenta alcanzar unos objetivos, empeño para el cual ha de sacrificar la vida, hecho este que no afecta a su decisión. Y además se ha entrenado para tal cosa. Estamos ante un acto eficaz. El samurái va a la muerte con profesionalidad, sin apasionamiento ni temor.

Muy pocos somos los que escogemos causas para morir, la mayoría morimos sin una causa, cuando menos lo esperamos, por sorpresa, a la fuerza, sin quererlo. La flor del cerezo queda al albur del viento, pero el samurái no.

Lo importante es el acto y no su razón. Es mejor designar para la muerte no una causa sino una forma. Por eso Mishima –que decía tener el *Hagakure* en su mesilla de noche– escogió una muerte sin

causa, una muerte loca. También el pensamiento de Millán-Astray en su apócrifa contestación a Unamuno encontraría amparo en el *Hagakure*. Tsunetomo considera que, llegado a un punto, se debía suspender el juicio racional y entregarse al “frenesí de la muerte”.

No obstante, esta ligereza respecto de la propia muerte no se encuentra plenamente resuelta. Así, según Nitobe “lo propio del verdadero valor es vivir cuando hace falta vivir y morir solamente cuando hace falta morir”.

Lealtad, rectitud, valor, benevolencia, cortesía, honestidad

La lealtad es para el *Hagakure* el valor central. Está por encima del honor, del que es fuente, y supera lo racional: “... además después ha de reunir los tres valores: inteligencia, benevolencia y valentía”. Es lo que pone en valor al siervo y no su servicio. Es una suerte de “amor secreto”, de devoción incondicionada hacia el señor, fruto del libre albedrío. No cabe esperar ninguna suerte de recompensa, que la contaminaría. Esta lealtad será instrumentada y reformulada con el nacionalismo de la era Meiji y redirigida al Emperador.

La justicia, la rectitud, es la piedra angular sobre la que vienen a encajar el resto de los valores propuestos, a los que dota de sentido. “La rectitud es el poder de tomar, sin flaquear, una decisión relativa a una cierta manera de conducirse que se encuentra conforme a la razón: de morir cuando se debe morir, de herir cuando se debe herir”.

El objeto de esta, su intención, es lo que hace pura o impura la acción y esto debe ser de especial consideración si bien el método, el cómo, también lo es. Desde la perspectiva noble, rectitud y valor van de la mano, mientras el honor sirve como culminación efectista del conjunto: “saber lo que es justo y no hacerlo demuestra ausencia de valor” por eso llega a la conclusión de que “el valor es hacer lo que es justo”.

La acometividad del samurái es legendaria: “cae siete veces, levántate ocho”, “si os rompen la espada, pelead con las manos, si os cortan las manos, empujad y derribad con el hombro y, si os cortan los hombros arrancad con la boca los cuellos de diez o quince enemigos”.

Y es que las virtudes heroicas implican riesgos y sufrimientos personales. Consecuentemente, el *bushido* preconiza una suerte de imperturbabilidad que requiere de entrenamiento. La calma en la manera de ser y la igualdad de ánimo, aún en las más difíciles circunstancias, eran altamente estimadas: “en la estrategia es fundamental ver lo distante como si estuviera muy cerca, y por el contrario, distanciar lo cercano.” Permitir que las emociones afloren en público se consideraba una falta de virilidad.

Estamos ante una mentalidad heroica y profundamente táctica: “las reflexiones han de durar el tiempo que duren siete respiraciones... las reflexiones, si son largas, se pudren... el *bushi* ha de hacer las cosas con prontitud”.

La humildad y la capacidad para aceptar las críticas se valoran positivamente. La bondad humaniza el modelo. De este modo, la piedad no era un simple estado de la sensibilidad; es el estado de matar y de salvar. Es la generosidad samurái que puede ser tan extrema como su crueldad.

Las formas estilizadas de cortesía no eran simples indicadores de refinamiento y buena crianza, sino un lenguaje de poder explícito y directo. La cortesía, *rei*, supone una apuesta por la armonía y respeto a los sentimientos del prójimo en la más pura tradición japonesa, y enlaza con el respeto al rito propio del confucianismo, que también se encuentra en el sustrato del *Hagakure*. La disciplina espiritual de la etiqueta y la ceremonia no son más que simples vestimentas exteriores; el rito y el protocolo ayudan a la interacción.

La etiqueta es la que regula las contiendas en el universo viril, a cuya exaltación contribuye. En la etiqueta se inserta con naturalidad un código moral. Las buenas maneras no presuponen la obediencia a una voluntad ajena. El lenguaje es el eje de la etiqueta, no obstante, el samurái es como los espartanos, lacónico.

Y es que la palabra de un samurái tenía un grado de seguridad y fiabilidad cuasi sagrado; decir y hacer es lo mismo. Nitobe cita el ideograma chino que expresa sinceridad y que supone la confluencia entre palabra y perfección. *Bushi no ichi-gon*, la palabra del samurái

era garantía. Su incumplimiento podía llevar hasta la muerte (*ni-gon*, la doble palabra). La mentira viene a ser todo lo que no es verdad –*makoto*– o todo lo que no es un hecho, *honto*. La mentira no era condenada como pecado, sino simplemente como debilidad y considerada deshonrosa. Claro que esto ha de interpretarse culturalmente.

Conclusiones

El *bushido* es una etnomentalidad de casta. No es la cultura de la sociedad japonesa de entonces; y menos aún de la actual, por más que haya contribuido a ella. Lo mismo ha pasado con los valores militares en Occidente; el desiderátum de Calderón de la Barca sigue identificándolos. Estos son comunes a las Fuerzas Armadas: honor, lealtad, rectitud, valor, benevolencia, cortesía, honestidad. Y generan actitudes concurrentes: imperturbabilidad, laconismo, inmediatez, previsión, paciencia... por más que se llegue a la obsesión. La clave militar y del samurái no está en los valores sino en las actitudes, en la proactividad.

No obstante, en los comportamientos como el referido a la muerte son sensiblemente diferentes, por cuestiones culturales. La muerte es un elemento periférico, pese a ser capital en tanto que factor de legitimidad, así como por la consistencia y eficacia con que esta lógica dota a las acciones. El *bushido* desplaza los valores para centrarse en los comportamientos, en la praxis y, singularmente, en la muerte. La idea de ser invulnerable por encontrarse ya muerto asociada a la lealtad como elemento de trascendencia y justificación, incide tanto en la acometividad como en la eficacia de la acción.

Esta es más eficaz incluso que la apasionada lucha por la supervivencia. Al samurái se le demanda lo contrario, racionalidad en la decisión y desapasionamiento en la ejecución. Una racionalidad que debe ceñirse a los objetivos propuestos y desarrollarse con ejemplaridad. Por eso cultiva el autodomínio. El samurái va a la muerte con profesionalidad.

El *bushido*, como el estilo militar occidental, es una forma integral de vida. Es un camino, una práctica, que se fundamenta en la

internalización de valores a través de largos procesos de endoculturación y de su práctica, hasta obsesiva. Es algo más que una doctrina o una moral. No es de aplicación lineal. Reclama una aproximación práctica, omnicomprensiva y étnica.

El *bushido* aúna simultáneamente equilibrio y obsesión. El honor samurái, no viene concedido de fuera. Es una “postura interna” y una fuente de individualización que, como apuntara Ikegami, le confiere una suerte de individualismo honorífico en una cultura de signo comunitarista. Le va a permitir escapar legítimamente de cualquier norma y, aun, de su propio grupo de control, aunque no de si mismo. Como en el siglo XVII escribiera Matsuo Basho: “hierbas de verano, es cuanto queda de las visiones de los soldados”. 🍃

FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS ES DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS, CAPITÁN DE FRAGATA DE LA ARMADA, ANALISTA PRINCIPAL DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS Y PROFESOR DE TEORÍA DE LA GUERRA. SU ÚLTIMO LIBRO SE TITULA *REPENSANDO EL LIDERAZGO ESTRATÉGICO*.